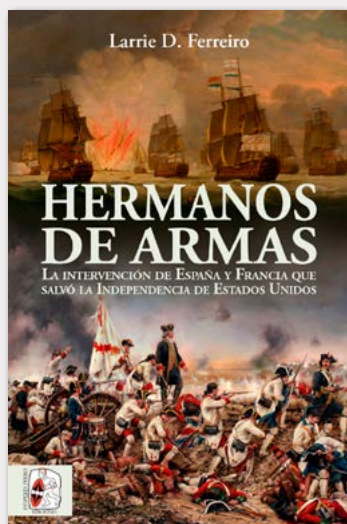


# Desperta Ferro Ediciones

## Una reivindicación finalista del Pulitzer

**El historiador estadounidense Larrie D. Ferreiro desafía el relato oficialista y tradicional de la Guerra de Independencia de Estados Unidos frente a Gran Bretaña con una visión rompedora en la que otorga a España y a Francia un papel determinante y hasta ahora infravalorado, cuando no directamente ignorado, en el éxito de la misma.**



A finales de 1776, apenas seis meses después de la histórica Declaración de Independencia de los Estados Unidos, la Revolución americana agonizaba. Nueva York había caído y el Ejército Continental de George Washington se batía en retirada. Filadelfia, sede del Congreso Continental, parecía tener las horas contadas. La recién nacida nación norteamericana carecía de marina, de artillería que se preciara, de preparación militar, de pólvora... y de posibilidades reales de derrotar a Gran Bretaña; al menos por sí sola. Hermanos de armas. La intervención de España y Francia que salvó la Independencia de Estados Unidos es un exhaustivo y apasionante ensayo, finalista del premio Pulitzer, en el que su autor, Larrie D. Ferreiro, demuestra que sin el apoyo diplomático, financiero, militar y naval de España y Francia, la causa estadounidense nunca hubiera triunfado. Una intervención que trocó un conflicto doméstico en una guerra global que se libró en tres continentes, de la Luisiana y la Florida españolas a las costas de Francia, de Gibraltar a la India, que en la pluma de Ferreiro abandona el tradicional relato aislacionista para ganar una dimensión internacional, la de una coalición de hermanos de armas, países enfrentados a un enemigo común.



**Larrie D. Ferreiro** se doctoró en Historia de la Ciencia y Tecnología en el Imperial College de Londres. En la actualidad, es profesor de historia e ingeniería en la George Mason University de Virginia y en el Stevens Institute of Technology de New Jersey. Durante más de 35 años ha servido en la Marina de Estados Unidos, en los Guardacostas de Estados Unidos y en el Departamento de Defensa; también ha sido ingeniero de intercambio en la Marina francesa. Entre sus obras figuran *Measure of the Earth: The Enlightenment Expedition That Reshaped Our World*, *Ships and Science: The Birth of Naval Architecture in the Scientific Revolution, 1600-1800* y *Hermanos de armas*, con el que fue finalista del Premio Pulitzer en Historia.

Disponible el miércoles 6 de noviembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



## SALA DE PRENSA

«Una historia conocida, pero contada desde una nueva perspectiva. Revisionista en el mejor sentido, el libro de Ferreiro hábilmente sitúa la guerra en el contexto de las rivalidades del mundo atlántico del siglo XVIII [...] Impresionante».

*The Wall Street Journal*

«Extraordinario [...] Hermanos de armas es uno de los libros sobre la Revolución americana más importantes de la década».

*Dallas Morning News*

## ÍNDICE

Agradecimientos

Notas del autor a la edición original

Introducción

*No solo la Declaración de Independencia, sino además una Declaración de que Dependemos de Francia (y También de España)*

- 1 EL CAMINO A LA GUERRA
- 2 LOS COMERCIANTES
- 3 LOS MINISTROS
- 4 LOS SOLDADOS
- 5 LOS MARINOS
- 6 LAS PIEZAS CONVERGEN
- 7 EL FINAL DE LA PARTIDA
- 8 EL CAMINO HACIA LA PAZ
- 9 EL LEGADO

Bibliografía

Índice analítico



## INTRODUCCIÓN

Un cálido día de verano de 1776, en Filadelfia, durante los primeros y difíciles pasos de la Revolución estadounidense, Thomas Jefferson escribía las frases iniciales de un documento dirigido a los reyes Luis XVI de Francia y Carlos III de España, con el que el Segundo Congreso Continental esperaba obtener la ayuda que las sitiadas colonias británicas de Norteamérica tanto necesitaban. Dichas colonias ya llevaban entonces más de un año en guerra con Gran Bretaña y la situación militar era desesperada. El Ejército Continental acababa de sufrir derrotas desastrosas en Canadá y Long Island y había sido expulsado de la ciudad de Nueva York, ahora ocupada por el general William Howe. A menos que hubiera una intervención directa de los adversarios de Gran Bretaña –Francia y España– a favor de las colonias, estas no tenían posibilidad alguna de sobreponerse a la superioridad de la Marina y el Ejército británicos y alcanzar la plena independencia.

La Revolución había comenzado a gestarse bastantes años antes. Tras la aplastante victoria británica sobre Francia y España en la Guerra de los Siete Años, en 1763, Londres había impuesto a sus colonias norteamericanas una subida cada vez más sofocante de los impuestos y de las restricciones a la exportación para sufragar el aumento del gasto empleado en la protección de dichas colonias. Los colonos protestaron porque se implantasen esas medidas sin consultar su opinión al respecto, como les correspondía por ser súbditos británicos. La violencia de las protestas aumentó progresivamente hasta que, en 1775, la guerra estalló con las batallas de Lexington, Concord y Bunker Hill, así como con el subsiguiente asedio de Boston. Incluso entonces, la mayoría de los habitantes de las colonias aún tenía la esperanza de que hubiera algún tipo de reconciliación con la Corona. Pese a ello, a principios de 1776, el rey Jorge III rechazó los ofrecimientos de paz de los colonos, los declaró rebeldes y contrató regimientos en los Estados alemanes<sup>1</sup> de Hesse-Kassel, Hesse-Hanau y Brunswick para someter la insurgencia. El Congreso Continental, horrorizado en especial por la amenaza de los hessianos, a los que consideraba mercenarios, comenzó a clamar por una emancipación completa del dominio británico y a favor de «declarar las colonias en un estado de soberanía independiente».<sup>2</sup> Muchos de los

gobiernos individuales de las colonias comenzaron a enviar delegados al Congreso con instrucciones de «sacudir de inmediato el yugo británico»<sup>3</sup> y abandonar la fidelidad a la Corona. La lucha que había comenzado un año antes para obligar a la madre patria a reconocerles sus derechos como súbditos británicos se había convertido en una guerra por la independencia.

El problema era que la nueva nación había comenzado su guerra contra la autoridad británica con una asombrosa incapacidad de defenderse a sí misma, como un adolescente rebelde que abandona a su familia sin un céntimo en el bolsillo. Su Marina era inexistente, su artillería escasa y su desastrado Ejército y milicias carecían hasta del ingrediente más básico de la guerra moderna: pólvora. Poco después de la batalla de Bunker Hill, Benjamin Franklin escribió: «[...] el Ejército no tenía ni cinco cartuchos de pólvora por hombre. Todo el mundo se preguntaba por qué casi nunca disparábamos los cañones: no nos lo podíamos permitir».<sup>4</sup> El nuevo país, en resumidas cuentas, necesitaba con desesperación atraer a Francia y a España a la guerra, las únicas naciones con poder suficiente para llevar sus fuerzas a combatir directamente contra el Ejército británico y capaces de engolfar a la Armada británica en un conflicto de mayores dimensiones que la distrajera de las costas de Norteamérica y minara su fuerza.

Tanto Francia como España permitieron, desde antes que comenzara la contienda, el flujo de ayuda clandestina hacia los rebeldes, pero esto se demostró insuficiente dadas las dimensiones del conflicto. Ni Luis XVI ni Carlos III estaban dispuestos a tomar parte de forma abierta en una guerra civil británica: el nuevo país tenía que demostrar que era una nación independiente que luchaba contra el enemigo común, Gran Bretaña. El documento que salió de la pluma de Jefferson afirmaba con claridad: «[...] estas Colonias Unidas son y deben ser, por Derecho, Estados Libres e Independientes». Se trataba de una invitación solemne a Francia y a España para que fueran a la guerra de la mano del nuevo país. Es conocido que el documento que acordó el 4 de julio el Segundo Congreso Continental se denominó Declaración de Independencia, pero además era, en cierto modo, una «Declaración de que Dependemos de Francia (y También de España)».

## CAPÍTULO 2 LOS COMERCIANTES

# LA CAPACIDAD DE PAGAR LAS ARMAS Y LA PÓLVORA FLAQUEA

Mientras Penn ultimaba su Rama de Olivo, Washington llegaba al asedio de Boston, apenas unas semanas después de la batalla de Bunker Hill. Pronto supo que la situación del suministro de pólvora era incluso peor de lo que se le había informado; en todo Massachusetts apenas se disponía de 38 barriles, es decir, poco más de 200 gramos por soldado. «El general se quedó tan impresionado que no dijo palabra durante media hora»,<sup>46</sup> comentó el general de brigada John Sullivan. Había que tomar medidas urgentes. Washington pidió a las colonias de Rhode Island y de Massachusetts que armaran y equiparan barcos para efectuar más viajes en busca de pólvora y capturar buques y almacenes británicos que pudieran contener pólvora y municiones.<sup>47</sup> El Congreso intentó estimular la producción doméstica de salitre, el ingrediente principal de la pólvora, y ordenó a las colonias que reacondicionaran sus ruinosos molinos de pólvora. Massachusetts, mientras tanto, promulgó una resolución «prohibiendo el gasto innecesario de pólvora» y pidió a sus habitantes que «no dispararan armas de fuego contra ninguna bestia, pájaro o diana si no era en caso de verdadera necesidad».<sup>48</sup>

Estas medidas desesperadas no alcanzaban siquiera para comenzar a abastecer al ejército de 20 000 hombres propuesto por Washington con la cantidad imprescindible de pólvora –según la estimación del comandante en jefe, unos 400 barriles– y, por supuesto, no servían para equipar a dichas tropas con los mosquetes, mantas, uniformes, tiendas y otros suministros militares que necesitaban.<sup>49</sup> La solución fue intensificar la búsqueda de municiones en el exterior. Bilbao se convirtió en un puerto al que se recurría cada vez más. En julio de 1775, Elbridge Gerry, miembro del Comité de Suministros de Massachusetts, envió otra petición a Gardoqui de «buena pólvora para pistolas y cañones».<sup>50</sup> Gerry reconocía que la causa de las colonias dependía de la «amistad de actores exteriores», como Gardoqui, que les pro-

porcionaran «suministros militares de todo tipo en el futuro». El comerciante español continuó abasteciendo de armas a los norteamericanos, incluso aunque la capacidad que estos tenían de pagarle ya estaba decreciendo.

Los rebeldes tenían problemas para pagar las armas de importación porque se estaban empobreciendo a pasos agigantados.<sup>51</sup> Al comienzo de la guerra, en abril de 1775, las colonias disponían de 22 millones de dólares en papel moneda, pero solo de 6 en metálico. El Segundo Congreso Continental, sin poderes para recaudar impuestos, continuaba emitiendo papel moneda sin dinero metálico que lo respaldara. Los actores internacionales, a pesar de toda la amistad de la que pudieran dar muestras, no podían aceptar papel moneda como pago de armamento y munición y la reserva de dinero metálico que se empleaba en dichas compras se estaba empezando a agotar. Al mismo tiempo, los excedentes agrícolas disponibles para la exportación, que también se empleaban en la compra de armas, se redujeron casi en un 80 por ciento debido a tres factores: la escasez de mano de obra en las granjas al irse los hombres a la guerra, el aumento de la demanda doméstica para alimentar al Ejército Continental y a las milicias y los bloqueos británicos cada vez más rigurosos sobre los puertos y las rutas marítimas de los colonos.<sup>52</sup> Las necesidades militares del bando patriota aumentaban de forma exponencial según crecía la dimensión del conflicto: solo era cuestión de tiempo que los comerciantes de las colonias ya no pudieran permitirse la compra de suficientes armas en el mercado libre para continuar el esfuerzo bélico. En resumidas cuentas, los rebeldes necesitaban ayuda directa de los gobiernos de Francia y España, que, hasta aquel momento, se habían limitado a mirar hacia otro lado. Por suerte, un comerciante y dramaturgo francés ya había comprendido la situación, incluso antes que los propios norteamericanos.



## CAPÍTULO 4 LOS SOLDADOS

# FUERZAS ESPAÑOLAS COMIENZAN A LUCHAR EN LA GUERRA CONTRA GRAN BRETAÑA

El 13 de julio de 1779, tres días antes de la batalla de Stony Point y 2000 kilómetros al sur, Bernardo de Gálvez convocó a sus oficiales de más graduación a una «junta de generales» para preparar la defensa de Nueva Orleans ante los esperados ataques británicos.<sup>117</sup> Unas semanas antes había recibido una carta de su tío José de Gálvez fechada el 18 de mayo. En ella, le informaba de la firma del Tratado de Aranjuez entre Francia y España y le advertía de que habría guerra con Gran Bretaña. También le indicaba que comenzara las hostilidades contra las fuerzas británicas a los dos meses de haber recibido la carta. La noticia del próximo enfrentamiento no fue una sorpresa para Gálvez. Sus informantes ya le habían avisado de la llegada a Florida de tropas británicas y lealistas procedentes de la ciudad de Nueva York, a la que habían huido tras evacuar Filadelfia. Otros agentes también habían reportado ya del estado de las fortificaciones britá-



nicas en la región. De todas formas, ya no era momento de limitarse a las actividades de vigilancia y el combativo Gálvez tampoco pensaba contentarse con tomar medidas defensivas. Mientras su consejo de oficiales hacía planes para mejorar las defensas de Nueva Orleans, Gálvez también preparó una campaña ofensiva contra los puestos avanzados británicos a lo largo del Misisipi y en torno al golfo de México. Aquella campaña se basaría en la velocidad y la sorpresa, del mismo modo en que George Rogers Clark había tomado Kaskaskia, Cahokia y Vincennes el año anterior.

El 27 de agosto, Gálvez, junto con 667 soldados del Regimiento Fijo de la Luisiana y de milicias, entre los que se contaban nueve voluntarios estadounidenses a las órdenes de Oliver Pollock, salió de Nueva Orleans hacia el norte con destino al fuerte Bute, situado en Manchac, a orillas del lago Maurepas. Consiguieron pasar inadvertidos durante los once días de marcha hasta que llegaron a las puertas del fuerte. En ese momento, Gálvez les reveló a sus hombres que había recibido de España confirmación de que se había declarado la guerra a Gran Bretaña. Para entonces, Manchac había sido prácticamente abandonado por los británicos y la milicia lo tomó con facilidad sin sumar ninguna pérdida.

El siguiente objetivo estaba a una distancia de marcha muy corta desde allí. Baton Rouge se había sido reforzado mucho con cañones y más de 1500 soldados bien equipados, así que Gálvez optó por no lanzar un asalto directo sin preparación e iniciar su asedio. En dos semanas ya había conseguido situar su artillería en una posición desde la que podía alcanzar con sus disparos el fuerte. El 21 de septiembre, tras unas pocas horas de cañoneo, los británicos rindieron Baton Rouge y también la población de Natchez, situada río arriba. Mientras tanto, un capitán estadounidense llamado William Pickles, al mando de la goleta Morris –proporcionada por Gálvez a la Marina Continental– apresó al bergantín HMS West Florida y con él eliminó la amenaza británica sobre el lago Pontchartrain. Gálvez, mediante una serie de rápidas maniobras que duraron menos de treinta días, había arrebatado el control del Misisipi a Gran Bretaña.<sup>118</sup> Los pasos siguientes serían expulsar a los británicos de Mobile y Pensacola, que, como había observado José de Gálvez, eran «las llaves del golfo de México».<sup>119</sup>

*La batalla de Pensacola, 1781. Un oficial de granaderos del Regimiento español de Luisiana insta a sus hombres al asalto. De la colección de carteles elaborados por el Departamento del Ejército de Estados Unidos en las décadas de 1970-1980.*

## CAPÍTULO 5 LOS MARINOS

# LA MARINA ESPAÑOLA ENTRA EN LA GUERRA



*La batalla frente al cabo de San Vicente el 16 de enero de 1780. Óleo sobre lienzo (ca. 1780-1782) de Richard Paton (1717-1791).*

La verdad es que Francia necesitaba algo más que un *coup de pouce*; lo que necesitaba era un *coup de main*, un triunfo rápido y decisivo. Entonces, cuando estaban llegando a su conclusión las negociaciones secretas del Tratado de Aranjuez, Floridablanca convenció a Vergennes de que aceptara su propio plan de golpe de mano: una invasión conjunta de Gran Bretaña similar a los planes diseñados por Choiseul y Grimaldi en 1767. Dichos planes, junto con la estrategia de revancha que los alentó en su momento, habían sido abandonados por Francia tras la caída de Choiseul en 1770. El completo rechazo de Luis XVI por todo lo relacionado con

el Secret du Roi cuando ascendió al trono pareció acabar para siempre con la idea de invadir Inglaterra. El propio Vergennes no estaba ahora muy convencido de aquel proyecto que exigía distraer a la flota británica con asaltos menores en ultramar a la vez que se efectuaba el principal a través del canal de la Mancha.<sup>42</sup> Hasta 1778, la Marina había seguido por mandato de Vergennes una estrategia completamente opuesta – desarrollada por la mano derecha de Sartine, el conde de Fleurieu –, consistente en efectuar pequeñas fintas cerca de Francia, como la de D’Orvilliers en Ouessant, mientras se enviaba una potente armada al otro lado



del Atlántico al mando del oficial de más graduación de la Marina, el conde d'Estaing, con objeto de lanzar los ataques principales en Norteamérica y el Caribe.

Para la invasión de Gran Bretaña se estudiaron varios planes distintos.<sup>43</sup> Algunos de ellos recordaban a los que se habían remitido en su momento a Choiseul. Un oficial del Ejército, Charles François Dumouriez, trabajó en cooperación con el ingeniero militar La Rozière. Este había reconocido en persona, una década antes, los posibles lugares de desembarco y había presentado un proyecto que se basaba en la ocupación de la isla de Wight como trampolín para tomar Portsmouth. Un oficial británico renegado llamado Robert Mitchell Hamilton, que se había enrolado en la Marina francesa en 1778, secundó este plan y aportó el detalle de que Portsmouth y la base naval adyacente de Gosport solo estaban guarnecidas por 1000 hombres y eran fáciles de tomar. Por último, Charles-François de Broglie desempolvó su propio plan de invasión de 1765 y se lo envió directamente a Luis XVI. A diferencia de otros proyectos, este preconizaba un asalto sobre Londres en lugar de Portsmouth. La idea era que el caos financiero y económico subsiguiente doblegaría al país enemigo. Pese a todos los esfuerzos empleados en el diseño de estos planes, durante algún tiempo solo sirvieron para acumular polvo en las estanterías de los archivos ministeriales.

El diseño anterior del propio Vergennes de invasión de Gran Bretaña había tenido la intención, que resultó fallida, de evitar que España atacara a Portugal. Su objetivo había sido conservar las alianzas en el continente europeo. Los nuevos planes, en cambio, conllevaban el riesgo de que el resurgir de la potencia militar de Francia pudiera percibirse como una amenaza por las demás potencias europeas. Durante algún tiempo, Vergennes pudo conjurar este peligro al mantener el relato de que la potencia agresora en aquel conflicto era Gran Bretaña, no Francia. Sin embargo, en 1779,

en plenas negociaciones del Tratado de Aranjuez, tuvo que reevaluar los distintos planes y optar por el más seguro desde el punto de vista de la tranquilidad diplomática. Aunque la venganza no fuera el objetivo de Vergennes ni de Floridablanca, el propósito de invasión tenía todas las trazas de la estrategia de revancha borbónica de sus antecesores, Choiseul y Grimaldi. La opción de atacar Londres se consideró demasiado costosa y también la que más asustaría a los aliados de Francia. Vergennes optó, pues, por el desembarco en la isla de Wight/Portsmouth, con el argumento de que dicho ataque debilitaría a Gran Bretaña tanto desde el punto de vista militar como en el aspecto diplomático, pero no llegaría a provocar un efecto político no deseado en Europa. Montbarey y Sartine, con la ayuda de Fleurieu, redactaron un plan de ataque conjunto según el cual 30 navíos franceses y 20 españoles se reunirían a mediados de mayo en la costa norte de España y, desde allí, pondrían rumbo a Inglaterra.<sup>44</sup> Una vez obtenido el control naval del canal de la Mancha, embarcaciones de menor tamaño transportarían un ejército de invasión de 20 000 hombres desde Bretaña y Normandía para desembarcarlo en la isla de Wight y en Gosport y después destruir la escuadra británica situada en Portsmouth. Los planes finales se enviaron a Madrid a finales de marzo. En París, el conde de Aranda se había mantenido al margen de las negociaciones, pero sabía perfectamente lo que sucedía y le envió su propio plan de asalto sobre Londres a Carlos III.<sup>45</sup> Parece que este se basaba en una copia del ideado por De Broglie que había conseguido en secreto. Floridablanca, que seguía enfrentado a su embajador, prefirió dar el visto bueno a la opción de Portsmouth. En abril se firmaba el Tratado de Aranjuez y las dos Marinas comenzaron a prepararse para la campaña, mientras el marqués de Almodóvar presentaba ante el gabinete de Jorge III las exigencias finales de España para alcanzar una tregua.

## CAPÍTULO 7 EL FINAL DE LA PARTIDA

# EL ASEDIO DE YORKTOWN

El 5 de septiembre, mientras la escuadra francesa salía de la bahía de Chesapeake para enfrentarse con Graves y Hood, los efectivos de Rochambeau, entonces a unos 300 kilómetros al norte de allí, marchaban hacia Chester, en Pensilvania. Llevaban, igual que las unidades norteamericanas con las que habían salido de Westchester en dirección a Yorktown a mediados de agosto, forzando la marcha todo el camino. Avanzaron por tres rutas paralelas a través de los territorios de Nueva York y Nueva Jersey. Un espectador fortuito podría haber pensado que todos eran miembros de un mismo ejército: los estadounidenses portaban el mismo mosquete de 0,69 pulgadas que los franceses y, aunque iban peor calzados y vestidos que estos, muchos de sus uniformes eran, obviamente, de fabricación gala, llevados a América en los cargamentos de Beaumarchais y de Chaumont. Aquel día, mientras los soldados franceses pasaban por Filadelfia, Rochambeau y su séquito se desplazaron en una embarcación a inspeccionar las fortificaciones de Billingsport y del fuerte Mercer, cuya construcción había supervisado Manduit du Plessis unos años antes. Ludwig von Clozen –edecán del comandante francés– nos cuenta lo que sucedió a su vuelta, cuando el citado grupo regresó al muelle de Marcus Hook, cerca de Chester: «[...] reconocimos en la distancia al general Washington, de pie en la orilla, saludándonos alegremente con su sombrero y un pañuelo blanco. Aquella alegría estaba justificada: al desembarcar nos informó de que el señor De Grasse había llegado a la bahía de Chesapeake». <sup>43</sup> Washington, que entre sus propias tropas llamaba la atención por su carácter distante, entre sus camaradas franceses era más espontáneo y dejaba traslucir más sus emociones, como demuestra el testimonio de Clozen: «Rochambeau y Washington se abrazaron *efusivamente* [cursiva del autor] en la orilla». Los despachos que ambos habían recibido aquella mañana les informaban de que los navíos de De Grasse habían bloqueado a Cornwallis por mar y que los soldados que había desembarcado ya estaban

reforzando a Lafayette para evitar que el británico escapara por tierra. Sin embargo, aquellos mensajes también contenían una advertencia: De Grasse les decía que, debido a su compromiso de reunirse con los españoles para atacar Jamaica, solo podría quedarse hasta el 15 de octubre, así que era necesario que se sirvieran de él «con prontitud y eficacia». <sup>44</sup>

La marcha hacia el sur se había organizado con premura y fue necesario aunar rapidez con sigilo. <sup>45</sup> Se puso en marcha un concienzudo plan de engaño para que Clinton pensara que el objetivo era la ciudad de Nueva York: en Staten Island se encargó a los carpinteros que construyeran embarcaciones para aparentar un proyecto de invasión anfibia; en Nueva Jersey se prepararon hornos de pan para simular campamentos desde los que se prepararía el ataque; y entre comerciantes y mensajeros se repartieron multitud de contratos y comunicaciones falsos que apuntaban a la inminencia del asalto, con la intención de que dichos documentos fueran interceptados por los espías británicos. Los verdaderos campamentos que los franceses emplearon a lo largo de su ruta de marcha no se habían preparado de antemano, como había sucedido a su paso por el territorio de Connecticut. Por tanto, los ingenieros y oficiales de intendencia a las órdenes de Louis-Alexandre Berthier tuvieron que ir un día o dos por delante de los regimientos de vanguardia para localizar lugares donde acampar, asegurar el suministro de agua y forraje y levantar mapas de la ruta con notable precisión y detalle. <sup>46</sup> Igual que en Connecticut, cada campamento lo empleaban distintos regimientos en días sucesivos. Los efectivos estadounidenses también recurrieron a buscar provisiones sobre el terreno y estaban, otra vez, al borde del motín por falta de paga. Para solventar este problema, Washington acordó con Robert Morris pedir prestado a Rochambeau la mitad de las monedas de plata que este llevaba para pagar con ellas a los hombres. Fue la primera vez que aquellos soldados recibieron su sueldo en metálico y no en papel moneda.



## CAPÍTULO 9 EL LEGADO

# REVOLUCIÓN EN FRANCIA Y ESPAÑA

Las dificultades que Alexander Gillon tuvo para conseguir que se le pagara durante la guerra tuvieron un remedo, con resultados menos productivos, en las tribulaciones posteriores al conflicto de Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais y de Jacques-Donatien Le Ray de Chaumont.<sup>21</sup> Después de la batalla de Yorktown, las operaciones terrestres de los británicos prácticamente se detuvieron, pero no sucedió lo mismo con su bloqueo naval, que, en realidad, se intensificó. En 1782, había llegado, en la práctica, a cortar a Robert Morris el acceso al dinero metálico proveniente de Francia y Cuba, y se redujo mucho el comercio y, por tanto, los ingresos. Mientras llegaban facturas vencidas de acreedores tanto de Europa como de Norteamérica, Morris dudaba si le sería posible saldar la deuda de casi 3 millones de libras que tenía con Beaumarchais, la cual vencía en junio de 1782. Una vez que Luzerne le garantizó que era posible retrasar el pago de las facturas, le escribió a Franklin para pedirle que congelara los pagos. La carta llegó demasiado tarde; Beaumarchais ya había previsto la posibilidad de que Morris incumpliera su palabra, así que había vendido sus letras de crédito a varios de sus propios acreedores, aunque fuera a costa de perder dinero en ello. Tal vez Franklin habría podido evitar pagar a algún comerciante concreto, pero no podía hacer lo mismo con un buen número de ellos sin dar al traste con la buena disposición hacia los Estados Unidos y con su crédito. La cuenta de Franklin con Morris estaba ya entonces al descubierto, pero, además, Beaumarchais les recordó a los estadounidenses que se le debía aún más dinero; el valor total del conjunto de las mercancías y servicios suministrados por Roderigue Hortalez et Compagnie durante la guerra, según sus detalladas facturas, ascendía a más de 6 millones de libras.

Morris, que ni siquiera podía cubrir el primer pago que había hecho Franklin, no tenía forma de abonar el citado importe adicional. Cuando el Congreso ordenó que se auditara la cuenta de Beaumarchais, Morris lo usó como excusa para no pagarle. Arthur Lee, soslayado por

Silas Deane durante sus tratos con Beaumarchais, había vuelto después al Congreso, donde atacó al comerciante de armas y dramaturgo y afirmó que estafaba a los estadounidenses al reclamarles el pago de unas armas que el gobierno francés había proporcionado gratis. Deane, sin advertirlo, había apuntalado dicha tesis cuando le había manifestado al Congreso: «[...] todo lo que [Beaumarchais] dice, escribe o hace es, en realidad, acción del Ministerio».<sup>22</sup> Lo cierto es que el gabinete francés ya le había dejado claro a Franklin que las armas proporcionadas por Beaumarchais en 1777 no fueron, en ningún caso, un regalo del rey, sino que siempre se contó con que se le habrían de pagar a Beaumarchais. De todos modos, el Congreso continuó escabullándose del pago, incluso una vez firmados los tratados de paz. Durante varios años, Beaumarchais acudió a Thomas Jefferson y al marqués de Lafayette en busca de ayuda, aunque sin conseguir nada. En 1789, la Revolución francesa hizo ya imposible emprender más acciones y, en 1799, a la muerte de Beaumarchais, las reclamaciones seguían sin resolverse. El caso se arrastró durante las administraciones de tres presidentes y por numerosos tribunales hasta que, en 1837, pasados 60 años, los herederos de Beaumarchais recibieron, por fin, un pago de 150 000 dólares, la décima parte de la suma adeudada, aproximadamente.

Chaumont, competidor de Beaumarchais, conoció un destino similar, pero no porque el Congreso se negase a pagar lo que le debía.<sup>23</sup> En realidad, casi todas las facturas que Chaumont había emitido por ropa, armas y otras mercancías se le habían pagado cumplidamente a su agente, John Holker. El problema era que dichos pagos se habían hecho en papel moneda y, desde que el Congreso dejara de emitirlo en 1780, su valor cayó a plomo y lo mismo sucedió con los citados abonos. Chaumont, que también había perdido dinero en otras especulaciones financieras, se declaró en bancarrota al poco tiempo. Terminada la guerra, envió a su hijo, también llamado Jacques, a Estados Unidos a

recaudar lo que él veía como una deuda moral que el Congreso tenía que compensar a los comerciantes galos que, como él, habían arriesgado sus fortunas para secundar la guerra. Jacques Chaumont dedicó cinco años a la defensa de dicha reclamación hasta que, en 1790, Alexander Hamilton, secretario del Tesoro de Washington, saldó la deuda con el abono de apenas unos céntimos por cada dólar de la misma. Después de adquirir la ciudadanía estadounidense durante su estancia –y pasar a llamarse James LeRay en adelante–, volvió a Francia con 9000 dólares y una nueva esposa norteamericana. Pronto volvieron a Norteamérica para participar en una operación de especulación de

fincas mediante la que intentaron compensar el dinero que habían perdido.

Las deudas que Beaumarchais y Chaumont acumularon durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos fueron de pequeña entidad comparadas con los 18 millones de libras que dicha nación le debía al gobierno francés al acabar el conflicto<sup>24</sup> (Hamilton vendió esta deuda a un inversor privado en 1795),<sup>25</sup> cifra que, a su vez, palidecía en comparación con la deuda global asumida por Francia durante la contienda. Al final de la misma, su coste total para Francia había ascendido a 1000 millones de libras, casi 1,5 billones de dólares actuales.<sup>26</sup>



*El asedio de Yorktown, 28 de septiembre-19 de octubre de 1781. El general Rochambeau y el general Washington dan las últimas órdenes antes de un ataque, octubre de 1781. Óleo sobre lienzo (1836) de Auguste Couder (1789-1873).*

### **Contacto y entrevistas:**

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA

